

## *Imre Kertész* *o una alteridad sin imposturas*

**BELA MERTINOVA \***

**D**urante estos días he tenido el grato placer de leer *Sin destino*, de Imre Kertész (Budapest, 1929), el último Premio Nobel de Literatura. La novela, es la historia de un adolescente que relata su experiencia en dos Lager alemanes. Por la brevedad de las expresiones y por sus escasos adjetivos, *Sin destino* no es de esos libros que uno pueda cerrar sin que su lectura nada le suscite. Igual que las demás novelas del autor, ésta también porta un mensaje. Sin embargo, de la prosa sin ambages ni pretensiones que inunda las páginas de su libro, lo verdaderamente sorprendente es la delicadeza o, mejor aún, el recato del autor a mostrar su herida, porque la suya es una forma de hacer literatura más que particular, pues la profunda cicatriz que atraviesa su narrativa es siempre un canto a la vida y a la esperanza que el autor rememora una y otra vez, sin permitir que el dolor se imponga hasta desatar viejos rencores. Por ello el empeño de Kertész por huir del testimonio

sensacionalista roza la sobriedad que solo un espíritu reconciliado con la vida es capaz de plasmar.

Tal vez el indudable valor histórico y literario de las aseveraciones que deja este escritor húngaro, habría que buscarlo en las huellas que dejó minado nuestro siglo XX, sembrando a lo largo y ancho de Europa, sus contradicciones, su soberbia y su crueldad.

Sin perder en ningún momento de vista la perspectiva europea, la narrativa de Kertész desvela al lector otra dimensión de la vida; una dimensión que ignora y desconoce a quien el destino no se le ha impuesto impidiéndole el paso a su libertad de elección. Por ello, su visión es la de un hombre excluido; de un hombre, en definitiva, que no puede por menos de querer ser y comportarse como uno más; alguien que quisiera dejar transcurrir sus días en un mundo que bien le hubiera gustado denominar como el

mejor de los mundos posible. Pero fiel a su experiencia, y desconfiando del afán autoritario del hombre, Kertész rechaza todos los totalitarismos, incluido en éste el de la propia paternidad. Quizás por ello esté tan cerca de Kafka. Para entender un poco mejor sus denuncias a la cultura de la represión, donde la dignidad del hombre es siempre la perdedora, baste con asomarse a sus otras obras como *Kaddish por el hijo no nacido* y *Yo, otro. Crónica del cambio* (Ed. Acantilado). Con su generosidad narrativa, Kertész indudablemente concede a la literatura un lugar de honor no fácilmente accesible a cualquiera. Porque la suya, como ya hemos dicho, es una literatura libre de rencores; en ella no hay odios, y sus palabras y expresiones adolecen de arista alguna que arañe o deje mal sabor de boca. Narrado en primera persona, desde la ingenuidad de un adolescente, y con la inocencia y sencillez que sólo un niño puede hacer, *Sin destino* recuerda *Las cenizas de Ángela*, por aquello de la otra dimensión que para un niño tiene la pobreza, el hambre o el frío. La perspectiva resulta tanto más chocante cuanto las carencias con las que día a día convive el adolescente en los campos de trabajo, las asume él como algo inevitable. Algo que acepta y carga sobre su espalda, sin que nada ni nadie le hayan respondido al porqué de sus interrogantes. Él asume el peso de su desdicha como amarga porción de su frustrada e imberbe libertad, igual que la enfermedad que lo recluyó por un tiempo en la enfermería del campo, igual que el hambre, igual que la sed; igual que la renuncia, sin reproche alguno, a su derecho a la felicidad. Tal vez por ello la distancia que el autor toma respecto al mal resulte tan sorprendente; porque un adolescente que se enfrenta a la experiencia de un campo de trabajo es alguien que todavía no está maduro y, por ello, su experiencia se limita a un transcurrir diario, sin que le de tiempo a tomar conciencia de cuanto le ocurre, pues para él la vida real se ciñe a un tratar de sobrevivir. Pero para todos es bien sabido, y en esto Kertész no logra engañar al lector, que mientras se sobrevive, no se vive,

sino que se deja uno llevar. Quizás por ello, el relato resulta aun más sobrecogedor, porque en él Kertész dibuja a un joven que no vive la atrocidad del Holocausto de un modo trágico. El sólo lo asume sin comprenderlo; lo asume igual que su condición de judío, su condición de ser y de sentirse eternamente “otro”.

Asumir el espanto para sobrevivir, y asumirlo sin rencor, es sin duda un enfoque que cuesta trabajo aceptar, máxime cuando se trata de la imposición de una ideología uniformada y excluyente. No obstante, Kertész no se amilana ante el destino que le ha trazado el sino de su alteridad. Y quizás por ello, el muchacho del Holocausto que va narrando su historia, no haga más que reafirmar dolorosamente su otro “yo”; al menos, esa es la impresión que deja el titubeo de su voz de adolescente; una voz, que más tarde, encontrará alivio en la escritura. Con el paso de los años, ésta le ayudará a sobrellevar la pesadilla a través de un proceso de distanciamiento con el horror vivido; un proceso, por decirlo de algún modo, que facilita a aquel “yo” maltratado a retornar a su posición primigenia para reconciliarse con su atroz pasado, que sólo las ideas uniformadas son capaces de maltratar hasta borrarle el rostro.

Respecto a Kertész, es preciso decirlo todo, pues la suya no es una alteridad de impostura; tampoco la del recurso fácil. Él va más allá de las ideologías, pues sus vivencias personales superan con creces, hasta desbordar, las denuncias que un hombre pueda hacer de los horrores más espeluznantes de nuestro pasado siglo XX. Y si de todo ello hay algo que le sitúa en la incómoda posición de intelectual molesto, es su absoluta sinceridad. Su caso es el de los pocos intelectuales que han tenido la osadía y el valor de optar voluntariamente por un exilio permanente. Porque también habría que decir que sus denuncias no se limitan al Holocausto nazi, sino que se prolongan hasta los Gulag soviéticos, con una de cuyas supervivientes se casó. La Hungría comunista en que le tocó la

suerte vivir después de la guerra, no alivió sino que reforzó aun más su postura de eterno rebelde.

Por ello, si su narrativa a veces resulta tan cercana a Kundera, es porque la huella de la poderosa bota burocrática que pisoteó la dignidad resultó ser para él más que una evidencia en su país. La línea apenas perceptible que divide las ideologías más extremistas la siente Kertész en su propia carne, igual que Kundera, para quien la vida en un lugar en el que se impone, reina y ordena todo la burocracia, no es más que una grotesca broma existencial. No es de extrañar pues que en estos dos autores siempre haya tantos funcionarios de semblante gris vestidos de uniforme.

Tal vez por los embistes, y por lo esperpéntico de las situaciones en que la vida le ha estado situando continuamente, Kertész se haya visto en la necesidad de echar mano de la alteridad: no tenía otra alternativa. Por ello, le da vueltas, muchas vueltas a su “yo”; un “yo” anestesiado y maltratado; un “yo”, empero, que él, a pesar de todo, quiere recuperar. Por ello lucha a brazo partido contra su destino y su añorada y quebrada libertad, que únicamente la escritura promete restablecer. No es de extrañar, pues, que en el caso del autor húngaro, recurrir a la alteridad esté muy lejos de ser una invención hueca.

La suya es una trayectoria en que la vida y la literatura se entrecruzan inevitablemente. Por ello, la veracidad y la sencillez de sus palabras inducen a pensar que el “otro” esté en realidad muy pero que muy lejos de ser uno de esos fáciles recursos hermenéuticos. Todo parece indicar que, en el caso del autor húngaro, el “otro” sea más bien aquella palabra que sale del interior de uno cuando, ya sin horizonte y con la voz quebrada, le dice que es preciso seguir caminando. Caminar, al modo en que se camina

en un Lager: en fila, y dando un paso tras otro... hacia un lugar incierto.

Nada sería de extrañar que ese “otro” de Kertész sea en quien tal vez le hubiera gustado verse convertido a él un día; un “otro”, en definitiva, que en momentos de agotamiento le ayuda y tiende su mano invisible para que continúe andando... Porque la hazaña de la vida la describe él como un lento e ininterrumpido avanzar, en el que es preciso siempre dar un paso más hacia delante, y en la que, incluso cuando todo ha pasado ya, y los campos de trabajo sólo existen en la memoria, la vida ya no puede ser concebida más que como ese lento “dar de pasos”.

En una de las entrevistas que le hicieron a Kertész con el motivo de su concesión del Nobel, él confesaba que el niño del Holocausto nazi no era él, sino otro. Y, no sé por qué, ese “otro” al que se refiere confirma mi sospecha de que un verdadero escritor siempre, por pudor o por vergüenza, tiende a encubrir su verdadero “yo” para ponerlo a salvo de las miradas curiosas o, como decía Kafka, “para que el mundo no sepa”.

Ese “otro” que el autor húngaro dice ser, martillea a uno machaconamente los oídos hasta hacerle desconfiar que aquella experiencia del campo, de la que dice no fue tan espantosa, oculta algo que se resiste a confesar. Y aunque las cosas parezcan indicar que lo tenía todo en contra y que, como a Proust, tampoco le disgustara haberse convertido un día en otro, en un otro, cualquier otro, alguien que ya no portara el estigma de la maldición, a pesar de todo ello, tras la lectura de Kertész, al lector le invade la curiosidad de si los casos de la literatura más genuina han de llevar siempre el sello de la dolorosa alteridad, en cuyo caso sólo ella sería esa mano invisible que teje la verdadera urdimbre literaria.